

## Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México.

### Huellas de un largo trabajo en la memoria cristiana\*

Un futuro diferente debe construirse con un discurso histórico-cultural diferente. Un porvenir alterno no puede realizarse con un pasado ajeno y maquilado. A 500 años de la intromisión hispana en los espacios indígenas americanos en México, continúa subsistiendo un mismo discurso acotado por una tendencia “mexicanista” que junto con el molde occidental terminan por repetir una historia torcida desde el origen. Ese problema es denunciado, cuestionado y explicado por Guy Rozat Dupeyron en su libro *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, con una nueva edición aumentada y enriquecida con argumentos derivados del seminario de investigación “Repensar la Conquista”, el cual lleva dieciséis años de aportes que permiten escribir la historia de dicho evento desde otras miradas y renovadas referencias.

¿Se puede tener otra idea de la conquista de México? Para el logos occidental no. La historia de ese periodo es bien conocida por intelectuales, literatos, burócratas y académicos acríticos: un pequeño grupo de aventureros,

\* Guy Rozat Dupeyron, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México. Huellas de un largo trabajo en la memoria cristiana*, Ediciones Navarra, México, 2018, 357 pp.

a nombre del Rey (y con Dios como aliado), pudieron conquistar y acabar con un Imperio indígena tiránico cuyas prácticas salvajes, a su interior y con otros pueblos indígenas, terminaron por llevarlos a su ruina. Medio milenio después parece que no se puede pensar de otra manera. Se sigue señalando al indio como el principal causante de su desaparición: sus supersticiones, sus desencuentros con otros pueblos, su inferioridad en armamento y su noble inocencia facilitaron a los conquistadores, el pueblo elegido para trascender, sus acciones. El peor panorama es que dichas afirmaciones, a voz de sus promotores, se encuentra reflejado en las “fuentes originales”, en las crónicas, en los relatos y los textos “indígenas”, considerados como primordiales para dar cuenta de la “historia de la Conquista”.

¿Es probable otra forma de pensar la conquista de México? Para este libro sí. La historia y sus fuentes deben estar sujetas a crítica y evaluación constantes. Más cuando se requiere tener opciones frente a las prácticas colonizadoras que han delineado, con éxito, un destino funesto a las culturas prehispánicas. El presente libro tiene como objetivo primordial llevar a la luz esa crítica fundamental, presentado una serie de informaciones y explicaciones para que

el lector identifique un denso molde occidental, centrado en la literatura teológico-cristiana, que definió la forma escrita de las crónicas, memorias e historias “indígenas” del siglo XVI. Lo que algunos historiadores del siglo XX identificaron como “fuentes originales” y que se nos han mostrado sin ningún tipo de análisis, con las prácticas “científicas” y académicas del siglo XX bajo una lógica intelectual burguesa, han terminado por perpetuar una explicación acotada tanto del proceso histórico de la Conquista como de las realidades prehispánicas. Esta obra implica un verdadero esfuerzo para comprender estas dinámicas y revelar una serie de realidades adecuadas para la lógica de la tradición cristiana, disfrazadas de verdades históricas, que deben resultar ya en estas fechas inverosímiles. Punto de partida para comenzar a pensar de otra manera el complejo y diferente mundo indígena antes de la incursión hispana.

El libro apunta a un problema muy importante: el hecho de que la historia de la conquista americana es desde hace 500 años un relato completamente occidental. En esta historia no ha habido lugar para la voz del otro, para las voces indígenas. El problema es bien sabido desde la academia mexicana pero lamentablemente ésta ha propuesto una solución inocente: regresar a las “fuentes primordiales”, a los testimonios y crónicas “indígenas”, y a partir de tales documentos acabar con el

eurocentrismo de la información histórica. Pero resulta, y ése es un argumento demostrado en el libro, que esas fuentes originales están totalmente moldeadas a la usanza y tradición occidental. Una donde subyacen los anhelos y proyectos del discurso teológico-cristiano de la época medieval y donde ahora los nuevos discursos coloniales están teniendo elementos de justificación.

Las diversas partes en las que se compone el libro buscan evidenciar dicho hecho. Buena parte de la introducción busca cuestionar la naturaleza de las fuentes consideradas “americanas” u “originarias”. Hay que decir que el libro no cuestiona por cuestionar, ni negar sólo por el simple hecho de ser una afirmación existente. Rozat Dupeyron evidencia las densas capas discursivas que están entre nosotros y los habitantes de lo que hoy llamamos América. Revestimiento formado por una serie de juicios, anotaciones y voces provenientes de franciscanos, burgueses, hacendados, autoridades, burócratas y universitarios, nunca por los habitantes originales. Dicha pared ha hecho casi posible continuar con las manipulaciones del pasado histórico. Actualmente, denuncia el autor, existe una compleja y gruesa biblioteca americanista, la cual ha sido escrita bajo esas voces, lo que ha impedido ver y pensar a los habitantes de estas tierras antes de la invasión europea.

El libro también denuncia que la gruesa biblioteca americanista sobre

la Conquista es producto de una pretensión académica proveniente del Siglo de las Luces, cuyo propósito es lograr un conocimiento “más auténtico”, que es, en última instancia, el núcleo de la práctica discursiva impuesta desde el nacimiento de la historia como cuerpo de conocimiento en los siglos XVIII y XIX. Rozat Dupeyron denuncia que, en la lógica del discurso ilustrado, se presenta a un “otro” (en este caso el indígena conquistado) como un “hombre igual a mí aunque diferente, objeto de mi investigación, que hace que descubra quien soy yo”. A partir de esta primicia surgió la literatura del colonialismo y etnocentrismo que, sumada a las voces del siglo XVI que juzgaron a los indígenas, han terminado por marcar y dirigir, sin reflexión alguna, la historia de la Conquista en América. De esta manera, por más que se insista en que existe una “visión de los vencidos”, ésta no deja de ser sino un mismo asomo occidental del mundo prehispánico, pues considera que las fuentes indígenas son tales, pero se obvian estas sendas capas impuestas sobre esa escritura. Así, el autor tiene un punto de partida para las prácticas histórico-antropológicas actuales.

Con el marco mencionado y poniendo “el dedo en la llaga”, Rozat Dupeyron se pregunta: ¿qué hacen en verdad la historia y la antropología actuales cuando imponen la etiqueta de “indígena” a un texto, ya sea escrito, oral o pictográfico?; ¿cómo se

están tomando tales textos, por estas disciplinas, como “fuentes históricas”?; ¿qué posibilidad existe de que el historiador relea los textos escritos en náhuatl y reconstruya así su intrínseco sentido?; ¿realmente la “historia” (la academia, la universidad) puede entender los textos en sus específicas condiciones de tiempo y espacio? La solución presentada por el libro es, primero, entender los marcos de producción literaria para, luego, asumir una postura sobre los textos que surgen desde el siglo XVI hasta el siglo XX. De ahí que el libro haga un mayor esfuerzo por documentar y convencer sobre el molde que siguieron las crónicas del siglo XVI. Explicar los “textos indígenas de la Conquista” y el simbolismo dominante del momento histórico de su producción permite, sin duda, ir rompiendo esas gruesas capas que nos separan del pasado histórico.

De dicha postura surgen los contenidos de los capítulos del presente libro. Para poder explicar los elementos que terminan por moldear los textos “indígenas”, Rozat Dupeyron acude a diversos ejemplos de la tradición teológica cristiana que se usaron para escribir las crónicas “originarias” del siglo XVI. Los ejemplos están muy presentes en la literatura medieval: Roma y Jerusalén, y conformaron los patrones de las crónicas dispuestas en náhuatl. De esta manera aparecen presagios, profecías de la destrucción de dichos imperios y ciudades, de la

misma manera que aparecen en los informantes de Sahagún, en las crónicas que buscaron explicar e incorporar al “otro” dentro de la lógica occidental. Es muy interesante el apartado sobre los “auspicios”. En la práctica romana se desarrolló una tradición de interpretación de signos y presagios que sobrevivió la época medieval y llegó hasta nuestros días, con la afirmación de que los “indígenas” habían tenido señales anunciándoles el fin de sus tiempos. La desgracia de Jerusalén, definida como etapa teológica fundamental y necesaria del mito cristiano, sirvió de modelo a lo escrito sobre el final de Tenochtitlán y de las sociedades precolombinas. Así, el autor comprueba que los mitos cristianos fueron introducidos de manera apabullante en los textos “indios” del siglo XVI.

En el sexto capítulo se comprueban las correspondencias y similitudes de los presagios compartidos entre Tenochtitlán, Roma y Jerusalén. En las crónicas e “historias” de los tres sitios ocurren fenómenos que alarman a la población y a sus gobernantes: templos que arden, pasos de cometas y caídas de rayos. Esto sólo remarca que los textos de los “indios” fueron escritos bajo el ejemplo romano y la lógica cristiana, lo que contrasta incluso con las evidencias arqueológicas de los habitantes precolombinos, quienes fueron grandes observadores del espacio pero que, sin embargo, para estos textos, resultan

sorprendidos y atemorizados por un cometa.

Para seguir fincando esto, en el siguiente capítulo se brinda una explicación sobre la figura de Moctezuma, usada y promovida para organizar el mito de los presagios y del plan divino sobre estas tierras. Dicha lógica pone al famoso tlatoani al nivel de profeta, de mensajero de Dios: Moctezuma terminará por aceptar, a nombre de todos los “indígenas”, la llegada de un nuevo orden avistada por los presagios previos. “Moctecuhzoma”, menciona Guy Rozat, será mensajero de los dioses en función de que es “emperador”, “Rey”, figuras ligadas a la voluntad de Dios en la tierra según la lógica teológico-cristiana. Las formas en que Moctezuma aprecia los presagios, los interpreta y toma acciones sumisas ante los venidos de Occidente, todo plasmado en las crónicas “indias”, nos hace ver con nitidez esa gruesa capa que está entre los sujetos históricos y nosotros. El libro cumple cabalmente con evidenciar dicha cubierta que, a 500 años, no puede separarse de nuestra apreciación del pasado. Actualmente se sigue pensando en un destino funesto, en presagios y en una superstición, lo que al compararlo con los restos de estas sociedades plantea una gran duda por resolver y una afirmación de que la Conquista no está explicada y debe repensarse.

Rozat Dupeyron nos convence así de la importancia de pensar, y repen-

sar, la escritura de las crónicas americanas y el puente discursivo/retórico que las une con las crónicas cristianas medievales. Textos con la firme intención de justificar la victoria del mundo occidental ante el prehispánico. Con la comparación, y el seguimiento detallado de ejemplos, tanto en la literatura medieval como en las crónicas del siglo XVI, el lector podrá darse cuenta que hasta hoy en día se nos ha contado una historia nacional basada en “indios imaginarios”; en figuras del pasado diseñadas por la tradición occidental para sus proyectos de evangelización y colonización americanos. Se transfirieron formas, procesos, edificios y presagios propios del modelo occidental a todo lo que no encajaba dentro de él. De ahí que las crónicas resalten personajes como emperadores y reyes, presagios, supersticiones, violencia, pasividad, sumisión ante las figuras regias/eclesiásticas y prodigios de toda índole, todos los cuales formarían un pasado indígena colonizado a perpetuidad. El lector

descubrirá así que luego de 500 años se siguen reproduciendo esas rancias y ahistóricas figuras en series de televisión, películas, libros de divulgación y artículos que buscan representar “fidedignamente” a los indígenas mediante sus “fuentes originales”. Es necesario, desde este punto de partida, comenzar a buscar a los “indios reales”, aquéllos que fueron borrados de los libros y de los cuales sólo nos quedan sus escasos restos. Esta nueva edición de la obra de Guy Rozat Dupeyron tiene una indiscutible vigencia en estas épocas de conmemoraciones acríticas, pues hace un necesario y argumentado llamado a pensar nuevamente la escritura de la historia “sin trampas, ni tapujos”, sin esos densos moldes. Teniendo en cuenta esto, es probable escribir una nueva historia indígena. Vale la pena la lucha y el esfuerzo.

*Paulo César López Romero*  
Archivo General del Estado  
de Veracruz